

var los preceptos, practico tambien muchos de consejo: ayuno los dias señalados y ademas los que puedo: los mas se dejan dominar de las inclinaciones mas vergonzosas, yo me contengo en los límites de la castidad: en fin, en nada me parezco á este publicano. ¡Qué orgullo tan refinado! Pero qué, ¿habrá cristianos que hablen de la misma manera delante de Dios? ¡Ah, cuán ingeniosos son los mas para aplicar á otros las verdades que oyen en los púlpitos ó que leen en los libros, al mismo tiempo que la presuncion y el amor propio los hacen ignorantes para no aplicárselas á sí mismos!

Dejemos ya al fariseo, hinchado con sus falsas virtudes, y fijemos nuestra atencion en el publicano, que era de una manera muy diversa. Este, conociendo que la casa de Dios es la mansion del recogimiento, y que entre la magestad del Señor y la pequeñez del hombre hay una distancia infinita, no se atreve á orar sino de lejos, temeroso de que Dios se irrite al verlo, por sus injusticias, ni aun osa levantar los ojos al cielo. Penetrado de dolor su corazon, hiere su pecho diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí, pecador: soy pecador, y vos, Señor, sois misericordioso. Ved aquí en compendio la humilde y sincera oracion del publicano, de la que Jesucristo dice: éste y no aquel, descendió justificado. ¿Pues qué tenia á los ojos de Dios la oracion del publicano para ser eficaz y poderosa? Oraba con humildad, con sinceridad, con perseverancia y confianza: oremos nosotros con humildad, esto es, confesando nuestras faltas: oremos sin hacer comparaciones, viendo nada mas lo malo que hemos sido y lo mejor que pudiéramos ser: oremos con sinceridad. Hágase tu voluntad, Señor, y no la nuestra.



DOMINGO UNDECIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase comunmente este domingo en la iglesia romana, el domingo del sordo y mudo curado por Jesucristo, porque en el Evangelio de este dia se cuenta la historia de este milagro. Para la Epístola de la misa de este dia se ha tomado el pasaje de la carta que San Pablo escribia á los corintios, en que despues de haberles dado cuenta del modo con que habia anunciado el Evangelio, les dice que no les ha enseñado, y como dejado en depósito, sino lo que habia recibido de Jesucristo. El introito de la misa expresa perfectamente los sentimientos y afectos de un corazon animado de una viva fé en este divino Salvador, y lleno de una santa confianza en su bondad y en su omnipotencia.

“Veo al Señor en la nueva Sion: en ella ha congregado á los hombres y los ha unido, infundiéndoles unos mismos sentimientos y dándoles unas mismas leyes. El Dios de Israel inspira aliento y fortaleza á su pueblo, y lo hace temible á sus enemigos. Con solo que este Dios, se presente y se levante, serán disipados sus enemigos, y huirán de su presencia los que sacuden el yugo de sus leyes.” Este Salmo es uno de los mas magníficos y mas admirables que compuso David. En él hace el profeta una relacion de los diversos prodigios del Antiguo Testamento, que fueron figura de lo que debia suceder en el Nuevo, y en especial de todas las maravillas que habia de obrar el Salvador. Esto es lo que hace empezar este cántico con estos términos entusiásticos y con estas expresiones enfáticas: “Levántese Dios y sean Disipados sus enemigos, y retírense de su presencia todos sus contrarios. Desaparezcan los impíos delante del Señor, como el humo se desvanece con el viento, ó como la cera que el fuego disuelve en un momento; pero hagan fiesta los justos, y regocíjense viendo á su Dios y su libertador. Pueblos fieles, celebrad la gloria de Dios, cantad salmos á honra suya.”

La Epístola de la misa puede considerarse como un compendio de las mas invencibles pruebas de nuestra religion, y de las verdades fundamentales del cristianismo. Como la verdad de la resurreccion de Jesucristo es el fundamento sólido y la base de nuestra fé, no se debe extrañar que los apóstoles se aplicasen tanto á demostrar esta importante verdad. Como entre los cristianos de Corinto habia ciertos espíritus que no tenían sentimientos muy ortodoxos tocante á la resurreccion, y como este artículo era el fundamento, por decirlo así, de todo el cristianismo, se empeña San Pablo en establecer la verdad de él en este capítulo quince de su carta con todo género de razones, probando al mismo tiempo la resurreccion futura de los muertos por la resurreccion de Jesucristo, la que confirma con muchos testimonios.

Voy á ponerlos delante de los ojos uno de los puntos capitales y de los mas importantes del Evangelio que os prediqué, que vosotros recibisteis por una especial gracia de Jesucristo, y en el cual os manteneis con tanta fidelidad, sin embargo de los artificios engañosos de los falsos doctores que os deslumbran con sus sofismas. Bien sabéis que no os salvareis sino creyendo las verdades que os anuncié, fuera de esta fé no hay que esperar salvacion. Pues á no ser que hayais creído en vano, debéis acordaros de qué manera os prediqué; ó como dice en otra parte: "Mis predicaciones no eran como aquellos discursos retóricos y llenos de artificio de la sabiduría humana; lo que respiraban y lo que en ellas se mostraban visiblemente, era el Espíritu Santo y su virtud, para que la sabiduría humana no pueda gloriarse de ser el fundamento de vuestra fé, dejándole esta gloria á la virtud divina que es á quien únicamente se le debe." A esto hace alusion San Pablo cuando dice aquí á los fieles de Corinto que se acuerden de qué manera les predicó, de los prodigios que acompañaron á su predicacion, y que si creyeron las grandes verdades que les anunció, no lo hicieron ligeramente como gentes que se entregan á la novedad. Por mas incomprendibles que sean nuestros misterios; por mas sublimes que sean las verdades de nuestra religion; aunque su moral es tan aus-

tera para persuadiros todo esto, no me serví de términos escogidos, ni de modos de hablar artificiosos y estudiados; no emplee los artificios de una elocuencia deslumbradora, os enseñe con toda sencillez lo que me enseñó á mí mismo el Señor, el cual, siendo la verdad por esencia, no puede engañarse ni engañarnos. Os digo desde luego que nuestro Salvador Jesucristo murió por nuestros pecados, segun las escrituras, esto es, como lo habian predicho los profetas, y singularmente Daniel, el cual señala tan precisa y expresamente el tiempo de su muerte, diciendo: "Y despues de setenta y dos semanas (de años) darán la muerte á Cristo," que es lo que sucedió precisamente en el tiempo señalado por el profeta, segun los cálculos de la mas exacta cronologia. Isaías predijo asimismo el fin de su muerte diciendo: "Que moriria por los pecados de los hombres, y las circunstancias de su muerte, diciendo: "que seria llevado á la muerte como una oveja, que no abre la boca ni aun para quejarse, y que seria cubierto de heridas."

Os enseñé, continúa el apóstol, que habiendo muerto este divino Salvador, fué sepultado, que resucitó al tercero dia, segun las escrituras. Insiste San Pablo en esta conformidad con las escrituras, como que es un testimonio de los mas persuasivos y concluyentes. Ninguna cosa persuade mejor al entendimiento, por lo que mira á estas incomprendibles verdades, que el ver que fueron predichas. La resurreccion de Jesucristo era una verdad demasiado esencial en nuestra religion, para no haber sido predicha y figurada en muchas partes de la escritura. David, Isaías, Oseas, y en particular el profeta Jonas, nos la anunciaron en mas de un lugar. San Pablo no se contenta con esta prueba, sacada de la prediccion; alega á mas de esto el testimonio de los que vieron á Jesucristo resucitado, testimonio que no tiene réplica. Os digo, añade el apóstol, que el Salvador resucitado se apareció á Cefas, y despues á los once. El Santo apóstol no cuenta aquí todas las apariciones de Jesucristo hechas en varios tiempos y lugares, sino solo las que juzga mas propias para hacer impresion en el espíritu de los fieles de Corinto. Tambien os dije, continúa el

santo apóstol, que se apareció despues á mas de quinientos hermanos á un mismo tiempo, de los cuales muchos viven todavía, y algunos han muerto. Habla aquí San Pablo de la aparición del Salvador á todos sus discípulos en el monte Olivete, cuando se subió á los cielos.

Despues de esto, continúa San Pablo, se apareció á Santiago, despues á todos los apóstoles. El Evangelio no habla de esta aparición, pero los padres, siguiendo á la antigua tradición, nos dicen que Santiago, llamado el menor, habia hecho propósito despues de la muerte de su divino Maestro, de no comer nada hasta verlo resucitado; y que el Salvador, por una especial bondad, para con este fervoroso apóstol, se le apareció luego que hubo resucitado, y habiéndolo llenado de gozo con su presencia, le dió él mismo el pan que habia bendecido, diciéndole que comiera, pues veia ya á su Salvador resucitado.

Finalmente, despues que á todos, se me apareció á mí, añade el apóstol, que soy un aborto. La humildad siempre fué el carácter comun á todos los santos. Los mayores Santos fueron siempre los mas humildes, cuanto mas los distinguió el Señor con sus extraordinarios favores, tanto mas bajos sentimientos tuvieron de sí mismos. Por eso San Pablo se llama á sí mismo un aborto, para significar en esto que no nació en el cristianismo, y que no fué llamado al apostolado sino despues de todos los otros, estando todavia enteramente informe, como lo están de ordinario los niños que nacen con trabajo ó antes del término, esto es, antes de haber podido recibir el alimento y la forma conveniente. A la verdad el Señor habia suplido todo esto con su gracia y sus revelaciones, las que en un instante lo hicieron el Doctor de las Naciones, y una de las mas brillantes lumbreras de la iglesia; pero San Pablo, como todos los grandes santos, no mira en sí sino lo que tenia de su cosecha. Ninguna cosa muestra tanto nuestra flaqueza y nuestra nada, como nuestra soberbia. ¿Pero qué no somos, y qué no podemos con la gracia? Todo lo puedo, dice en otra parte el mismo apóstol, en aquel que me conforta. Y la gracia que me

na dado no la he tenido vacia y sin producir algun efecto. ¿Qué no ha hecho en mí? ¿Qué mudanza tan prodigiosa? De un perseguidor furioso de Jesucristo y de sus siervos, me ha hecho un apóstol. Quiso Dios hacer ver en la persona de San Pablo lo que puede la gracia de Dios sobre un corazon que no le pone obstáculos, y que dice como este apóstol: *Señor, ¿qué queréis que haga?*

En el Evangelio de este dia todo es misterioso en la historia que nos refiere de la curacion milagrosa de un hombre sordo y mudo. Habiéndose ausentado el Salvador por un poco de tiempo de la Judea, de la que no estaba muy satisfecho, vino á los confines del pais de Tiro y de Sidon, sin ruido ni aparato, y aun parecia que queria ocultar á estos extrangeros su llegada: pero una tan gran luz no podia estar oculta por mucho tiempo. Los pueblos de aquellas provincias eran cananeos, descendientes de Canaan, y por consiguiente gentiles, y confinaban con la Judea; habia entre ellos algunos que se llamaban sirofenicios, porque ocupaban aquel rincon de la Fenicia, que entonces era una parte de la verdadera Siria. Aquí fué donde una muger de la Sirofenicia, comunmente llamada Cananea, mereció por su perseverancia que el Salvador hiciera el elogio de su fé, y librase á una hija suya de un demonio de que estaba poseida.

Volviendo, pues, Jesus del pais de Tiro, fué por Sidon, es decir, pasó solamente por aquel territorio, y tomando su ruta hácia el mar de Galilea, atravesó una parte del pais de Decápolis. Llamábase así un rincon de la Galilea en Judá; el cual se estendia desde el monte Líbano, hasta cerca del mar de Galilea. Luego que el pueblo supo que Jesus habia llegado á aquel pais, se fué á encontrarle. Lleváronle á un hombre que era sordo y mudo. Este pobre hombre daba grandes gritos, prorrumpiendo en algunas palabras confusas y poco articuladas, como hacen ordinariamente los mundos, cuando se esfuerzan á ver si pueden hablar y no se pueden hacer entender. Conjuraron al Salvador que le tocara con su mano y lo curara. Hizo el Señor lo que deseaban, pero con ciertas ceremonias

de que no acostumbraba servirse cuando hacía otros milagros. Con esto quería el Salvador darnos á entender que sus menores acciones eran unos misterios que se deben respetar, instrucciones mudas de que nos debemos aprovechar, y ejemplos que debemos seguir. Quería al mismo tiempo hacernos comprender con estas ceremonias, que no hay demonio mas peligroso que el que nos cierra la boca y nos impide descubrir las llagas del alma. Ningun pecador mas difícil de convertir que el que está sordo á la voz de Dios. Estas dos enfermedades del alma son casi incurables: es necesario un gran milagro para curar esta sordera espiritual, no hay señal mas visible de reprobacion, que cuando un pecador rehusa oír la voz de Dios que lo llama y le ofrece su misericordia; ningun pecador está en mas riesgo, que el que no quiere descubrir las llagas de su alma al caritativo médico que se las puede curar.

Lo primero que hizo el Salvador, fué sacar á este hombre de entre la muchedumbre. Hay un género de pecadores que no se convierten mientras permanecen en medio del tumulto; es menester retirarlos de él: el retiro es el que únicamente puede poner al pecador en estado de oír la voz del Señor. En la soledad es donde Dios habla al corazón del pecador. Habiendo cogido el Hijo de Dios aparte á aquel hombre sordo y mudo, le mete los dedos en los oídos, le toca la lengua con su saliva, levanta los ojos al cielo, suspira y gime por él y por todos los pecadores, de los que era figura este enfermo, y habiendo pronunciado en siriaco, que era la lengua del país, esta palabra: *Epheta*, que quiere decir, *Abrete*; el enfermo se encontró curado; ábrense sus oídos, su lengua se desata, oye el sordo la voz de su médico, habla el mudo con una facilidad que aturde, y regocija á todos los que se hallaban presentes. ¡Qué de misterios, todos los mas instructivos en este solo milagro! Notad que el Salvador se contenta con decir á los oídos: *epheta, abrios*, pero no dice á la lengua desátate, porque basta que el pecador oiga la voz de Dios para que hable al instante; la lengua no está atada cuando el corazón está movido. Gime el Salvador, levanta los ojos al cielo. Todo esto muestra la difi-

cultad de la curacion. No necesitaba el Hijo de Dios hacer todas estas ceremonias para volver el habla y el oído á aquel mudo y sordo; con solo querer que hablara y que oyera, al punto oíría y hablaría; pero quería instruirnos y enseñarnos que es necesario levantar los ojos al cielo y gemir: es decir, que es necesario orar y hacer penitencia por esta especie de pecadores. Quería tambien el Salvador enseñar á sus discípulos con estas ceremonias, las que debían observar ellos en la administracion del Sacramento del Bautismo; así lo comprendieron los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, y lo enseñaron despues á la iglesia.

Igualmente no es una de las menos saludables la orden que dió el Salvador á toda aquella muchedumbre, de que no hablara de la maravilla de que habían sido testigos. La humildad fué siempre el rasgo mas vivo y mas visible de Jesucristo y de todos los verdaderos discípulos. Pero los que se hallaban presentes no todos podían imaginar que fuese un precepto absoluto que les obligase á callar. Cuanto mas les mandaba que callasen, tanto mas bablaban de él y lo miraban con admiracion. Honra, gloria, alabanza, exclamaban transportados de una santa admiracion; bendicion, salud, á este hombre extraordinario que todo lo hace á la perfeccion. Ha hecho oír á los sordos, hablar á los mundos, ver á los ciegos.

La epístola es del capítulo XV de la primera de San Pablo á los corintios.

Hermanos: Os doy á conocer el evangelio que os he predicado, que vosotros recibisteis, en el cual estais firmes, y por el cual sois salvados: si le conservais de la manera que os le prediqué; porque de otra suerte en vano habriais abrazado la fé. En primer lugar, pues, os he enseñado lo mismo que yo aprendí, es á saber: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme á las Escrituras; y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día, segun las Escrituras; y que se apareció á Cefas, y despues á los once apóstoles. Posteriormente se dejó ver, en

una sola vez, de mas de quinientos hermanos juntos; de los cuales aunque han muerto algunos, la mayor parte viven todavía. Se apareció tambien á Santiago, y despues á los apóstoles todos. Finalmente, despues de todos se me apareció tambien á mí, que vengo á ser como un abortivo: siendo, como soy, el menor de los apóstoles, que ni mereco ser llamado apóstol, pues que perseguí la iglesia de Dios. Mas la gracia de Dios es por la que soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí.

El evangelio es del capítulo VII de San Marcos.

En aquel tiempo: Dejando Jesus los confines de Tiro, se fué por Sidon ácia el mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápoli. Y presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que pusiese sobre él su mano. Y apartándole Jesus de la gente, le metió los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua; y alzando los ojos al cielo, arrojó un suspiro y díjole: Epheta, que quiere decir, abríos. Y al momento se le abrieron los oídos, y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba claramente. Y mandóles que no lo dijeran á nadie. Pero cuanto mas se los mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban; y tanto mas crecia su admiracion, y decian: Todo lo ha hecho bien: él ha hecho oír á sordos y hablar á los mudos.

MEDITACION.

Sobre la obediencia.

Considera que es tan necesaria y de tanta importancia la obediencia, que no fué menester mas que faltar á ella para que se perdiese el mundo, ni fué menester menos para que se salvase que la obediencia de un Dios; y finalmente, que los redimidos por este medio admirable, no pueden en manera alguna aprovecharse de tan gran beneficio si no es obedeciendo.

Tal se nos manifiesta en la curacion milagrosa del sordo mudo, que se nos refiere en el Evangelio de hoy. En él se nos simboliza el mundo sordo á la voz de Dios que lo llama, convidándolo con su reparacion: mientras permanezca en su sordera es imposible que se aproveche de aquel beneficio, porque es imposible que sin obediencia trabaje en su reforma. Necesario es por tanto que el Hijo de Dios le abra el sentido, y esto es lo que en figura hace Jesucristo abriendo los oídos del sordo mudo. ¿Mas qué tiene que ver la sordera con la desobediencia ó rebeldía, y el oído expedito con la obediencia? ¿Qué tiene que ver? Mucho. Los oídos necesarios para la salud del alma, no son precisamente los que tenemos en el cuerpo, sino los que debemos tener en el corazón. Por esto decia Jesucristo: "El que tiene orejas de oír, oiga." ¿Y cuáles son estas orejas de oír? La docilidad con que se recibe y se obedece lo que Dios nos prescribe para nuestro remedio, y esta docilidad debe encontrarse en el corazón. No son los oyentes solo de la palabra divina los que se aprovechan, sino los ejecutores de ella, dice el apóstol.

Considera que para abrir los oídos del sordo mudo, metió el Señor en ellos sus divinos dedos. No necesitaba en verdad el Hijo de Dios de esta operacion sencible para curar á aquel hombre: con solo querer pudo sanarle; pero usó de aquel medio, dice San Gregorio papa, porque en los dedos del Redentor se designaban los dones del Espíritu Santo. Meter pues, los dedos en las orejas del sordo, es abrirlas con los dones del Espíritu Santo para obedecer, añade aquel santo padre. Para cuya inteligencia es de advertir, que los dones del Espíritu Santo facilitan el ejercicio de las virtudes, venciendo la rebeldía de nuestro corazón, docilitándolo á abrazar los medios que el Señor le dicta, comunicándole aliento y celeridad para que con presteza los ponga en ejecucion, y superando cualesquiera otro obstáculo que nuestras perversas inclinaciones opongan al espíritu de Dios. Por aquí colegiremos de cuanta importancia es cooperar á esta obra de Dios, disponiéndonos de manera que sus dones divinos se desarrollen en nosotros y obren su saludable efecto.

PETICION Y PROPOSITOS.

Así sea, divino Redentor de nuestras almas, que de tal manera nos demos á procurar la adquisicion y aumento de la gracia, y la práctica de las virtudes, que demos lugar al efecto todo de los dones de vuestro Santo Espíritu, á sus frutos y bienaventuranzas. ¡Qué felices seremos si por la decision y constancia en nuestras resoluciones, logramos ampliamente la santificacion de nuestras almas!

JACULATORIA.

Darás, Señor á mi oido gozo y alegría.

LECCION.

Debemos conocer nuestra verdadera situacion moral para procurarnos los remedios que necesitamos.

Jesucristo no da un paso en su vida mortal que no esté marcado con algun milagro en favor de los necesitados, ó que no sirva de alguna instruccion para los que lo siguen. El tiempo que consagró al cumplimiento de su mision sobre la tierra, es tan fecundo en doctrinas, que basta solo seguirle y escucharle para aprender las obligaciones y virtudes todas propias del cristiano. Apenas da principio á su predicacion, cuando obra el prodigio de que nos habla el Evangelio de hoy, cuya noticia, estendiéndose en el territorio de Decápoli, hace que los enfermos y todos los necesitados de aquella comarca le salgan al encuentro para solicitar su curacion, seguros de obtenerla, pues que la pedian con fé y confianza. Nuestras enfermedades, lector cristiano, no son menos reales y urgentes que las de aquellos á quienes su mano bondadosa socorria; y su corazon no es menos compasivo y tierno el dia de hoy, que lo que era entonces. Por lo mismo conviene conocer la naturaleza

de nuestros males, para que sepamos solicitar su remedio; esta será la materia que nos ocupe en la presente leccion.

Jesucristo no solo vino á consolar á los justos, á darles vigor y seguridad; vino tambien á dar auxilios á todos los cristianos, á curar sus enfermedades espirituales, á librarnos de la muerte del pecado, á buscar las ovejas perdidas del camino de la justicia y la verdad, y salvar á tantos que estaban para perecer eternamente. En lo espiritual hay tambien enfermedades inveteradas, que casi son incurables: las precauciones saludables y los esfuerzos vigorosos, no son suficientes muchas veces para libertar de las recaidas: por eso Jesucristo curando hoy una enfermedad que por naturaleza era superior á cuantos remedios se habian usado, nos enseña que él los tiene muy eficaces para todos nuestros males, y que basta solicitar con fé el remedio, para conseguir la curacion. En efecto; hoy le presentan un sordo mudo, figura muy perfecta, por las dos enfermedades de que adolece, del estado á que conduce insensiblemente el pecado que degenera en costumbre.

El primer daño por el pecado mortal causa en nuestras almas, es hacerlas sordas. Por mas que Dios habla á un corazon dormido por las pasiones, no se le escucha: le habla por el órgano de los libros que anuncian las justicias y misericordias del Eterno, pero los pecadores echan sobre otros las verdades que leen, y debiendo aprovecharse de ellas para reformar su conducta, solo se sirven de ellas para criticar la agena. Les habla por medio de los predicadores, de los sucesos y acontecimientos de la vida; pero á todo se hacen sordos. Una muerte repentina anuncia el pecador, el peligro terrible que lo amenaza: una pérdida considerable de sus bienes, le avisa que vendrá tiempo en que tendrá que separarse de los objetos mas lisonjeros: los remordimientos que le despedazan, y las inquietudes que le devoran, le están diciendo que no tiene que esperar la paz por el pecado. Por él no oye, ó mejor dicho, no quiere oír estas verdades; le parecen duras, y está bien hallado con su estado de falsa felicidad.

Dios habla al pecador por los ejemplos de los buenos y de

los malos. Por una parte, la vida edificante de los justos le debe inspirar amor y respeto á la virtud; y por otra los descaminos de los malos deben penetrarle de horror al vicio. Pero tales ejemplos solo sirven para aumentar su pecado por la obstinacion con que los resiste. Dios le habla por sí mismo con inspiraciones secretas, con fuertes temores y aun con vivos deseos de reforma, que de cuando en cuando engendra en su corazon; pero la voz de las pasiones dá gritos en su corazon, y todo lo confunde: nada le deja oír; y ved aquí el primer estado del pecador consuetudinario, representado en la sordera del enfermo de que nos habla el evangelio de hoy. Pasemos al segundo.

El hombre que hoy cura Jesucristo, ademas de ser sordo, era tambien mudo: este es el segundo estado del pecador. Jesucristo podia haber sanado á este hombre con solo la simple disposicion de su voluntad, como lo hizo con otros muchos; mas no lo hace así, sino que recurre á diferentes medios que todos nos dan grandes instrucciones. Primeramente le saca aparte de toda la gente, para darnos á entender que en medio de la turbacion y disipacion del mundo, no se obran las verdaderas mudanzas y conversiones sólidas. Esta es la causa porque despues de tantas promesas, se tienen las mismas costumbres. Es preciso, pues, no mantener relaciones con el mundo, que puedan hacernos criminales. Si es preciso estar en el mundo, ha de ser sin ser del mundo.

El Señor, despues de separado el sordo y mudo de entre la gente, tocó con los dedos sus orejas, miró al cielo, gimió y dijo: *Epheta*, que quiere decir, *sé abierto*. ¿Qué consecuencias deberiamos sacar al ver tantos medios puestos por Jesucristo para curar á este enfermo, cuando á su presencia sola se disipan las enfermedades mas largas y penosas? Jesucristo de ninguno de estos preparativos necesitaba; pero quiere obrar de este modo para hacernos conocer la gran dificultad que hay para convertir á un pecador obcecado, y anunciarnos al mismo tiempo que por los signos sensibles de los Sacramentos, comunicaria la gracia.

El Evangelio nos dice que luego fueron abiertas las orejas del sordo-mudo, y que fué desatada la ligadura de su lengua, y que hablaba bien. Esto mismo debe suceder con todos los pecadores que con las disposiciones necesarias reciban la absolucion de sus pecados. Un pecador verdaderamente arrepentido, oye las verdades eternas, las pone por obra y las publica entre todos sus sus hermanos para edificarlos y hacer que se conviertan. El Evangelio advierte que Jesucristo mandó á todos que á nadie dijesen el milagro. ¿Qué desinterés, qué humildad! ¿Hacemos nosotros otro tanto? ¿Aliviamos las miserias ajenas de tal modo que lo que da nuestra mano derecha, lo ignore la izquierda? ¿Procuremos que nuestras buenas obras solo sean conocidas de aquel que penetra los secretos del corazon? Si nuestra caridad no fuera tan pública, seria de mas mérito para con Dios, y de mas provecho para nosotros. Esto no quiere decir que solo hayamos de obrar bien en secreto, no; sino que nuestra intencion ha de ser solo agradar á Dios, y no de parecer bien ante los hombres.



DOMINGO DUODECIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo se llama el domingo del caritativo Samaritano, y por otro nombre el del prójimo, por razon de la parábola que hace el asunto del evangelio. La Iglesia, que en todo el año distribuye á sus hijos el alimento espiritual por sus instrucciones particulares, por la celebracion de nuestros sagrados misterios, y por el ejemplo de los santos que nos pone á la vista cada dia como otros tantos modelos de perfeccion, tiene cuidado de darnos cada domingo lecciones mas excelentes ó importantes á los fieles. La epístola de este dia es como un exordio, en que San Pablo, ensalzando la santidad de su ministerio por relacion á Jesucristo, que dá á sus ministros todos los talentos